REFLEXIONES SOBRE LAS DESIGUALDADES FISCALES

Por James E. Hughes, Jr., abogado

Joanie Bronfman, doctora;

Jacqueline Merrill, *máster*

en Administración de

Empresas

REFLEXIONES SOBRE LA DESIGUALDAD ECONÓMICA

El término «desigualdad económica», en este artículo, se refiere a la situación financiera en la que la mujer que mantiene una relación con un hombre dispone de más dinero que él[1] . Históricamente, se trata de una situación que rara vez ha existido y que, cuando se ha dado, no ha dado lugar a relaciones satisfactorias.

A principios del siglo^{XXI}, en Occidente nos vemos inmersos en frecuentes debates sobre las relaciones marcadas por la desigualdad económica, a medida que la sociedad asimila la revolución que tuvo lugar durante el siglo^{XX}en lo que respecta al control de las mujeres sobre su patrimonio económico. ¿Cuáles eran las diferencias en la situación económica de las mujeres entre la actualidad y el año 1900? En primer lugar, en 1996, la revista *Fortune* informó de que, en el 30 % de las parejas casadas estadounidenses, la esposa ganaba más que su marido [2]. Aunque no he podido obtener datos más recientes sobre este tipo de hogares, creo que el porcentaje en Estados Unidos ha aumentado. Al mismo tiempo, un artículo reciente de la revista *The Economist* señalaba que el 59 % de las mujeres trabajadoras de Europa Occidental aportaban la mitad o más de los ingresos totales de su hogar. Las mujeres francesas encabezan esa clasificación con un 72 % [3]. Aunque no disponemos de información estadística similar para el año 1900, dudo que ningún lector esperara encontrar que, en 1900, ni siquiera el 10 % de los hogares de estos países presentaran una situación en la que la mujer ganara más que el hombre. En segundo lugar, el patrón de control de las mujeres sobre su patrimonio financiero en 1900 puede representarse mejor con esta situación real: los padres legaban a sus hijas la mitad de la herencia que recibían sus hijos, no enviaban a sus hijas a la universidad y cedían a sus hijos el control de la herencia de sus hijas. Durante el siglo^{XX}, en Occidente, este patrón ha sido rechazado de raíz y, hoy en día, las mujeres van a la universidad (en un número incluso mayor que los hombres), reciben partes iguales de los bienes de sus padres y se les otorga el control directo de su patrimonio. Este cambio es tan fundamental que no dudo en utilizar el adjetivo «revolucionario» para describirlo. De nuevo, echando la vista atrás, es fácil ver que los cambios que se produjeron en el papel de la mujer en la sociedad occidental a raíz de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, del movimiento feminista de los años 60 y 70, y de los extraordinarios avances recientes logrados por las mujeres en la educación y, posteriormente, en las profesiones y en el ámbito empresarial, conducirían a que las mujeres alcanzaran mayores niveles de riqueza financiera y, quizás lo más importante para la sociedad, el control efectivo de su patrimonio.

---

[1] Hoy en día, muchas mujeres y hombres optan por mantener relaciones duraderas que pueden incluir o no el matrimonio. En este artículo he hablado en ocasiones de maridos y esposas y, con mayor frecuencia, de hombres y mujeres. Mi objetivo es que todas las relaciones entre hombres y mujeres, en las que la mujer tiene más dinero que el hombre, queden englobadas en este único término, de modo que sea inclusivo más que descriptivo.

[2] Clark, Kim, *«Women, Men & Money»*, revista Fortune, 5 de agosto de 1996, pp. 60-61.

[3] Emmott, Bill (ed.), *«Reflections on the^{20th}Century»*, revista The Economist, 11-17 de septiembre de 1999, pp. 5-44.

¿Por qué debería interesarnos este fenómeno? Sencillamente porque la historia ha presentado un panorama muy sombrío del desenlace de las relaciones en las que la riqueza económica de la mujer supera a la de su pareja. Las parejas que tienen éxito buscan relaciones estables a largo plazo. ¿De qué maneras la sociedad obstaculiza este tipo de relaciones? Cuando era un joven abogado que recorría el mundo, me llamó la atención la profunda ansiedad que sentían los suegros de todo el mundo respecto a sus yernos. De alguna manera, los temores que surgían en los suegros sobre las verdaderas intenciones de sus yernos hacia sus hijas despertaban miedos profundamente arraigados en estos hombres, por lo general equilibrados. Pronto me quedó claro que lidiar con las inquietudes de la familia de la mujer, en el mejor de los casos, supone una tensión adicional para la relación de la pareja y, en el peor, puede condenarla al fracaso, ya que carecerá del apoyo y la implicación cruciales de todos los miembros de la familia, necesarios para su éxito. Más tarde supe que existen razones biológicas y sociológicas que explican estos comportamientos[4] . Las novelas históricas, las leyendas populares y la sabiduría de los suegros nos ofrecen dos modelos para situaciones de desigualdad económica, y ambos sugieren que la relación fracasará. Al primero lo titularé el modelo del «cazafortunas». En este escenario, el hombre entra en la relación con el objetivo de hacerse con la fortuna de la mujer para sí mismo. La historia nos ofrece muchos ejemplos de esta realidad. Por ejemplo, un antiguo y mítico caballero andante se casa con la princesa y, a continuación, en la historia de Virgilio sobre Eneas y Dido, la abandona; o bien, el yerno posmoderno se hace cargo del negocio de su suegro y luego se divorcia de la hija. El segundo modelo es el del «hombre de club». En este escenario, el papel del hombre consiste en aparecer cuando se le convoca, cumplir con su deber de engendrar herederos y, a continuación, retirarse fuera de la vista a su metafórico «club». Aquí el hombre es un cobarde y la familia de la mujer lo considera alguien que no aporta ningún capital humano ni intelectual a la relación.

Con frecuencia, en este patrón, al hombre, para que tenga algo que hacer, se le asigna la responsabilidad de gestionar el dinero de la mujer. Con igual frecuencia, carece de las habilidades, la aptitud o incluso el interés necesarios para hacerlo bien. Al final, la mujer se dará cuenta de que esta situación va en contra de sus intereses económicos y lo despedirá, lo que generará una gran tensión en la relación. Ninguno de estos dos modelos ofrece un estímulo positivo a una pareja joven ni a sus familias. Por desgracia, la historia no ofrece un tercer modelo positivo para este tipo de relaciones.

[4] Townsend, John Marshall, *«What Men Want-What Women Want*: *Why the Sexes See Love and Commitment So Differently*», Oxford University Press, 1998.

Aunque los dos escenarios anteriores son muy antiguos, existe otro temor más sutil y arraigado entre los miembros de la familia que se esconde tras estas historias. Se trata de la cuestión de la clase social y el miedo a un descenso de clase que, con demasiada frecuencia, generan las relaciones con desigualdades económicas. Este temor bien podría ser la causa fundamental de tantos fracasos en estas relaciones. Varios periodistas y científicos sociales que estudian las actitudes y el comportamiento de los estadounidenses me han comentado que hay dos cuestiones que los estadounidenses se niegan a reconocer: el dinero y la clase social. Si es que llegan a hablar de ellas, mienten sobre sus verdaderos sentimientos al respecto. Esto bien podría explicar por qué hay tan pocos trabajos académicos sobre estos temas. A los estadounidenses nos gusta creer que todos pertenecemos a la clase media. Por desgracia, esto es una falacia, y los miembros de las clases privilegiadas y profesionales son especialmente conscientes de esta inexactitud. Las cuestiones de clase surgen de inmediato cuando empiezo a indagar en los temores que se generan en las familias cuando sus mujeres entablan relaciones con hombres que tienen menos riqueza económica que ellas. Los biólogos evolutivos afirman que, por razones genéticas, la sociedad favorece que las mujeres se casen con hombres de una clase social superior para que sus hijos tengan acceso a mejores condiciones de salud, vivienda y otros recursos, mientras que ignora a los hombres que se casan con mujeres de una clase inferior [5]. Según mi experiencia personal, las familias hacen grandes esfuerzos para ayudar a sus miembros más jóvenes a entablar relaciones que, a ojos de la familia, sean iguales a la posición de clase actual de la familia o que la mejoren. Del mismo modo, en mi práctica profesional —y tal y como confirman diversos científicos sociales—, la posibilidad de que la familia caiga a un estatus de clase inferior genera una gran ansiedad. Parece claro que muchas familias temen que la riqueza familiar se disipe y su estatus se vea destruido si la riqueza de sus mujeres se pone en riesgo en relaciones con hombres con menos riqueza económica o sin ella. Esto es especialmente cierto si se percibe al hombre como parte de una clase social inferior. Cuando una familia se une en contra de una pareja basándose en uno de los dos escenarios históricos mencionados anteriormente o, de forma más sutil, en cuestiones de clase, se necesita una pareja excepcionalmente fuerte para perseverar.

El temor a que las mujeres de una familia se casen con alguien de menor nivel social no es nuevo. La mitología, la historiografía, la sociología y la antropología ofrecen abundantes ejemplos de estos temores. La pregunta es: ¿qué harán las mujeres privilegiadas y profesionales cuando se den cuenta de que son dueñas de sus activos y tienen el control sobre ellos? Dado que son libres de entablar relaciones con quien deseen, ¿dónde encontrarán pareja? Aunque las cuestiones de clase y dinero no son temas que a los estadounidenses les resulte cómodo abordar, en el caso de los esfuerzos de una pareja por crear y mantener una relación cuando la capacidad de ingresos o el patrimonio de la mujer supera significativamente al del hombre, este tema debe abordarse si se quiere que la relación tenga éxito. Ocultar estos temas o tratarlos como un secreto solo aumentará sus efectos insidiosos. Sacar este tema a la luz y afrontarlo de frente es la única forma que tienen una pareja y sus respectivas familias de mantenerlo a raya y, posteriormente, dejarlo de lado.

Es evidente que hay que desarrollar nuevas normas para estos nuevos tiempos. La cuestión es por dónde empezar. Durante los últimos siete años he colaborado activamente en la búsqueda de respuestas a esta pregunta con mi pareja, que cuenta con un patrimonio económico considerablemente mayor que el mío, y con dos colegas profesionales, Joanie Bronfman y Jackie Merrill. La Sra. Bronfman mantiene una relación similar, es doctora en sociología y escribió su tesis sobre cuestiones relacionadas con las familias de

[5] Resulta bastante llamativo que este mismo patrón, tal y como se recoge en diversos estudios de ciencias sociales, parezca mantenerse a medida que aumenta el nivel educativo y profesional de las mujeres.

privilegio[6] . La Sra. Merrill también mantiene una relación similar y posee un máster en Administración de Empresas (MBA). A lo largo de estas trayectorias personales y profesionales, hemos conocido a muchas parejas que se enfrentan a las dificultades que plantea este problema. Aunque sería presuntuoso pensar que conocemos las respuestas a estas complejas cuestiones sociales, creemos vislumbrar algunas orientaciones útiles que, con el tiempo, podrían ayudar a resolver algunos de los complejos problemas que plantea la desigualdad económica.

En el resto de este artículo ofreceré observaciones sobre cuestiones relacionadas con los comportamientos de hombres, mujeres, familias y la sociedad en general que pueden contribuir al éxito de estas relaciones. La Sra. Bronfman describirá las actitudes y expectativas que mujeres y hombres aportan a sus relaciones y que ella ha observado en su práctica profesional. También ofrecerá algunas sugerencias sobre lo que las parejas pueden hacer para que estas relaciones tengan éxito. Por último, la Sra. Merrill propondrá prácticas concretas para que tanto las personas como las parejas puedan sacar a la luz estos temas de forma segura y avanzar en su relación.

[6] Bronfman, Joanie, **The Experience of Inherited Wealth: A Social-Psychological Perspective**, 1987.

A las tres nos parece que las cuestiones cruciales para este tipo de relaciones son la autoestima de ambos miembros de la pareja y la disposición de la mujer a basar su felicidad en la inversión de recursos emocionales e intelectuales por parte del hombre en la relación, más que en la económica. Teniendo en cuenta los estereotipos de género según los cuales el deber del hombre es ser el sustento económico y el de la mujer es cuidar de la familia, es fácil comprender cómo un hombre podría sentirse indigno si no mantiene económicamente a su familia. Por supuesto, habrá casos en los que el hombre acumule una fortuna mayor que la de su pareja, pero estas situaciones serán poco frecuentes, ya que cada vez más mujeres, gracias a herencias, acuerdos de divorcio, un mayor nivel educativo y oportunidades laborales mejor remuneradas, aumentan su porcentaje global del capital financiero de la sociedad[7]. Basar una relación en la capacidad del hombre para amasar tal fortuna es una apuesta arriesgada, especialmente si la vocación del hombre no es generar riqueza económica. Dada la enorme variedad de trabajos a los que un individuo puede sentirse llamado, la creación de riqueza económica, en contraposición a la creación de capital humano e intelectual, es también una apuesta poco probable. De hecho, uno de los claros beneficios de las relaciones exitosas de este tipo es la oportunidad que tiene el hombre de dedicarse al trabajo al que realmente se siente llamado, lo que le permite contribuir a la felicidad de la relación mediante la búsqueda de su propósito más profundo.

La sociedad, los dos escenarios históricos negativos y las cuestiones de clase mencionadas anteriormente siguen transmitiendo una visión negativa del papel del hombre. Se necesita una relación muy sólida para superar estas posturas negativas. Aquí es donde la autoestima de la pareja masculina cobra tanta importancia. Por ejemplo, hace algunos años, un amigo organizaba una reunión de cónyuges de miembros de familias privilegiadas. Entre los asistentes se encontraba un hombre que era un profesional con una consulta de gran éxito. A los ojos del mundo, era muy apreciado tanto por su integridad como por sus dotes curativas. Además, ganaba muy bien. Sin embargo, la fortuna de su esposa, heredada de su familia, hacía que su contribución económica a su relación fuera siempre insignificante. En aquella reunión, con gran emotividad, explicó que, a los ojos de la familia de su esposa, él era la oveja negra porque no podía dejarlo todo y unirse a ellos allá donde viajaran. Le atormentaba saber que, a los ojos del mundo, tenía mucho éxito, pero que, a los ojos de ellos, no lo tenía en absoluto. Esta no es más que una de las muchas historias de este tipo que he oído. En casi todos los casos que he estudiado o en los que he participado, la pareja lucha por garantizar que el hombre tenga verdadera «dignidad», integridad, respeto por sí mismo y se sienta respetado. Una vez más, la cuestión es la autoestima masculina. No me refiero aquí a falsos modelos masculinos basados en el «machismo» o en el síndrome de «Peter Pan». Me refiero más bien a hombres maduros, que han recorrido su propio camino hacia la madurez y que pueden superar la sencilla prueba de madurez que me propuso mi padre: ¿puedo asumir la responsabilidad total de mis actos?

[7] Para subrayar aún más este punto, varias de las instituciones financieras a las que asesoro están utilizando tablas actuariales que sugieren que, dado que la esperanza de vida de las mujeres supera ahora significativamente a la de los hombres, el 60 % de los activos de las familias estadounidenses podría estar en manos de mujeres a mediados del siglo XXI.

Soy muy consciente de que vivimos en una época —como nos ha dicho Susan Faludi en su libro **Stiffed: The Betrayal of the American Man** [8]— en la que a muchos hombres occidentales les resulta difícil encontrar con éxito un modelo moderno de masculinidad. Esta lucha no ayuda a hombres y mujeres a afrontar los nuevos problemas de desigualdad económica, sino que los complica aún más. A pesar de todo, hay muchas parejas que se esfuerzan por hacer que sus relaciones funcionen, al tiempo que reconocen que las viejas reglas de la sociedad ya no se aplican realmente en estos nuevos tiempos. Las parejas a las que mejor les va son aquellas que reconocen el emocionante reto de forjar nuevas reglas para un nuevo entorno fiscal. Estas parejas reconocen que el futuro pasa por una distribución más equitativa de los recursos económicos entre hombres y mujeres. Ven un futuro que ofrece un nuevo y maravilloso mundo lleno de potencial para unas reglas más sólidas y equitativas para ambas partes de la relación. Los verdaderos villanos de la historia son la visión histórica del hombre como «cazador de fortunas» o «hombre de club», las cuestiones de clase y la imposición por parte de la sociedad de ciertos roles a hombres y mujeres.

Las parejas de la nueva era tendrán que desarrollar nuevos comportamientos para adaptarse a las nuevas condiciones económicas; comportamientos que exigirán cambios significativos, quizá incluso revolucionarios, en lo que la sociedad está dispuesta a aceptar. El cambio siempre es difícil, y lo es especialmente cuando ataca convenciones ancestrales, como la creencia generalizada de que la desigualdad económica conlleva el fracaso de las relaciones. Independientemente de la dificultad que suponga afrontar el cambio, el lado positivo de la nueva propiedad y control de la riqueza económica por parte de las mujeres resulta tan beneficioso a la hora de erradicar la anticuada discriminación de género que es imprescindible desarrollar nuevas normas. La cuestión fundamental es si las parejas en este tipo de relaciones pueden aceptar con valentía su nueva situación y equilibrar el poderoso papel de las mujeres y su riqueza con los problemas relacionados con la autoestima masculina. Del mismo modo que se están forjando nuevos roles para las mujeres, también deben forjarse nuevos roles para los hombres.

Del mismo modo que las parejas deben desarrollar nuevas normas, también deben hacerlo las familias y las sociedades de las que forman parte. Dadas las estadísticas sobre el número de hogares en los que ahora conviven parejas en las que la «desigualdad económica» es la norma, es muy posible que esta cuestión se convierta en la principal preocupación de las familias a la hora de organizarse para alcanzar el éxito a largo plazo. Dudo sinceramente que las familias y la sociedad en general permitan que los antiguos roles persistan cuando estos solo conducen al caos y a una profunda infelicidad. Las familias tendrán que crear nuevas historias y nuevos modelos para incorporar el nuevo modelo financiero. Creo que este proceso ya está muy avanzado. Sin embargo, para que tenga éxito, las parejas en relaciones «fiscalmente desiguales» deben reconocer la naturaleza de su relación financiera, admitir su profundo impacto en la relación y aceptar de forma positiva el hecho de que es probable que persista a lo largo de la misma. Las familias de estas parejas también deben reconocer esta realidad y tanto aceptarla como respetarla. Aunque esto suene relativamente fácil de hacer, hay que recordar que, en Occidente, el dinero es un tema del que la mayoría de la gente no habla.
Cuando añadimos la desigualdad económica al debate, las discusiones pueden caldearse fácilmente. Sin embargo, en el nuevo contexto, las familias deben aprender a debatir abiertamente estas cuestiones si quieren encontrar un nuevo paradigma para estas relaciones que fortalezca tanto las propias relaciones como a la familia en su conjunto. Es evidente que, con las viejas historias y las emociones que estas suscitan aún

[8] Faludi, Susan, **Stiffed*: *The Betrayal of the American Man**, William and Morrow & Co., 1999.

muy presentes en la psique de las familias, esto no va a suceder de la noche a la mañana. El cambio, sin embargo, llegará, ya que las familias no pueden llevar a cabo la planificación y la estructuración a largo plazo necesarias para el éxito duradero a menos que las relaciones que establezcan sus hijos y nietos tengan éxito. En mi opinión, la familia será entonces la forja donde se crearán las nuevas historias de relaciones exitosas.

Llegados a este punto, quiero ceder la palabra a mis coautoras, primero a la Sra. Bronfman y luego a la Sra. Merrill.

* * * * *

El Sr. Hughes y yo coincidimos en que, en un futuro próximo, muchas mujeres ganarán o heredarán más dinero que sus parejas masculinas, un hecho que nos obligará a todos a replantearnos nuestras ideas sobre los roles femeninos y masculinos en el matrimonio u otras relaciones comprometidas. Describiré algunas de las actitudes y expectativas sociales actuales que han afectado a las relaciones entre mujeres y hombres y, a continuación, sugeriré formas de lograr que el cambio se produzca de manera positiva.

Las mujeres han trabajado duro para eliminar las barreras sociales. Entonces, ¿por qué sigue siendo un problema que una mujer tenga más éxito y/o sea más rica que su marido o su pareja sentimental? Es lógico que algunas mujeres tengan una relación con hombres que no ganan tanto dinero ni tienen tantos recursos como ellas. ¿Por qué debería resultarnos incómodo a nosotras o a los demás que los hombres de nuestras vidas tengan menos dinero que nosotras? No hay ninguna razón intrínseca por la que los hombres deban tener más dinero y poder que las mujeres, pero nuestra sociedad está acostumbrada a que los hombres ocupen
esos roles, y tanto a las mujeres como a los hombres les suele incomodar que se invierta la situación. En el pasado, estas eran preocupaciones de las mujeres con riqueza heredada. Hoy en día, a medida que las mujeres tienen más éxito en el mundo empresarial, las mujeres profesionales también se enfrentan a estos problemas.

Nuestra sociedad sigue siendo, en muchos aspectos, patriarcal. Anima a los hombres a ser los líderes y a tener el poder «importante». Se espera que los hombres sean los competentes, los que se involucran en el mundo, ganan dinero, se ganan la vida y traen a casa los recursos para mantener a la familia. Las mujeres, por su parte, deben criar a los hijos y apoyar emocionalmente a los hombres. Esperamos que los hombres tengan poder y habilidades en los ámbitos importantes, incluido el dinero, y que las mujeres tengan poder y habilidades en los ámbitos considerados menos importantes, como el hogar y las relaciones.

Si se esperara que los hombres tuvieran poder en un ámbito y las mujeres en otro, y ambos se valoraran por igual, no sería tan problemático. Pero cuando las mujeres ganan más que los hombres, esto va en contra de nuestras actitudes patriarcales interiorizadas: que son los hombres quienes deben tener el poder económico. Esto nos hace sentir incómodos a todos.

Como sociedad, hemos estado luchando con estas ideas. Las mujeres ya no se conforman con quedarse en casa, y las familias necesitan dos fuentes de ingresos para tener un buen nivel de vida. Por desgracia, es posible que sigamos sintiendo que las mujeres deben encargarse del hogar y de la familia, incluso cuando tanto las mujeres como los hombres trabajan fuera de casa.

Es cierto que se está haciendo frente al techo de cristal en el ámbito laboral, donde, según

la Oficina de Estadísticas Laborales, en 1998 casi un tercio de las mujeres casadas en EE. UU. ganaban más que sus maridos. Pero las expectativas de que el hombre deba ganar más que la mujer no han cambiado en el ámbito doméstico, y menos aún en los hogares acomodados. Además, aunque algunas mujeres y hombres a título individual intentan lidiar con estas cuestiones, no existe un movimiento conjunto de mujeres y hombres que impulse un replanteamiento de la situación de desigualdad económica.

¿Qué ocurre cuando es la mujer la principal fuente de ingresos en lugar del hombre? Podríamos decir: «Esto es estupendo. Es maravilloso que esta responsabilidad, que ha pesado tanto sobre los hombres, no sea así como lo hacemos en nuestra familia». Pero a menudo no es así como nos sentimos. Tanto las mujeres como los hombres se sienten incómodos, como si algo no fuera bien. La mujer se siente inquieta —sin tener siempre claro por qué— ante el hecho de haber logrado demasiado, de no encontrarse ya en el lugar, el encasillamiento o el papel en el que se supone que debe estar. El hombre se pregunta: «¿Me pasa algo malo, que ella gane más dinero que yo? ¿Soy un fracaso? ¿No soy lo suficientemente ambicioso? ¿Le pasa algo a ella? ¿Es demasiado ambiciosa?». Así pues, tenemos a mujeres que sufren problemas de autoestima por preguntarse si está bien que sean poderosas y ricas, y a hombres que sufren problemas de autoestima por el hecho de tener menos poder económico que las mujeres de sus vidas.

Los problemas de autoestima de las mujeres a veces se manifiestan en la preocupación de que podrían convertirse en una «mujer sin hogar»: el miedo a que, por mucho dinero que tengan, lo pierdan todo. Veo esto como un efecto más del patriarcado sobre la autoestima de las mujeres. A las mujeres no se las educa para creer que pueden mantenerse por sí mismas. A las mujeres de familias adineradas a menudo se les da menos dinero que a sus hermanos, menos información sobre el dinero, menos formación y menos control. Se las puede considerar menos competentes que sus hermanos o primos varones, sea eso cierto o no. Estos problemas en las familias adineradas se ven reforzados por la visión aún predominante en nuestra cultura de que las mujeres son menos competentes que los hombres en cuestiones financieras. Cuando dudas de tu capacidad para valerte por ti misma, la idea de perder tu patrimonio puede hacerte temer que acabarás en la indigencia. La falta de autoestima lleva a estas mujeres a sentir que, si perdieran su dinero, serían incapaces de mantenerse por sí mismas. No es de extrañar que esta actitud se manifieste más en las mujeres que han heredado una fortuna que en aquellas que se la han ganado.

Al reflexionar sobre la norma social que atribuye una falta de competencia financiera a las mujeres con patrimonio heredado, me vienen a la mente las mujeres chinas de clase alta a las que se les vendían los pies y que, por lo tanto, no podían valerse por sí mismas. Ellas daban buena imagen a sus maridos, que eran tan ricos que podían permitirse tener mujeres hermosas a las que se había hecho físicamente y psicológicamente dependientes.

Una actitud que el Sr. Hughes observa en sus clientas es la de «Lo mío es mío, y lo tuyo es mío». Yo interpretaría «Lo mío es mío» de otra manera. A mí me suena más a «Lo mío es mío, ¿o no?». A las mujeres con patrimonio heredado a menudo no se les ha educado para considerar el dinero como suyo, sino más bien como del banco, de su padre o de la familia. Al no haber sido animadas a considerar el dinero como suyo, les resulta difícil desprenderse de algo que no sienten que les pertenezca realmente. Muchas mujeres con patrimonio heredado tampoco han sido educadas para gestionar su propio dinero. El resultado es que a menudo se sienten incómodas con su dinero y no saben manejarlo bien con sus parejas.

La segunda parte de esta frase, «Lo tuyo es mío», yo la interpretaría como «A pesar de que tengo recursos económicos más que suficientes, sigo queriendo sentir que tú me cuidas». Nuestra sociedad transmite que los hombres deben cuidar de las mujeres. Y las mujeres, incluso aquellas con una fortuna ganada o heredada, siguen anhelando esto. Como dijo una ejecutiva de una gran empresa de Internet: «Una partecita de mí tenía la fantasía de que me casaría y me cuidarían».[9] Creo que los hombres también anhelan que se les cuide, pero no se les permite demostrarlo. Se supone que las mujeres deben cuidar de los hombres, pero no en el ámbito económico. Se supone que las mujeres deben atender las necesidades emocionales de los hombres de tal manera que ni ellos ni la sociedad se den cuenta siquiera de que lo están haciendo.

Estoy de acuerdo con el Sr. Hughes en que la necesidad que tienen algunas mujeres adineradas de que los hombres —que tienen menos que ellas— las mantengan económicamente puede suponer una dificultad para estos últimos. Los hombres que asumen la expectativa de que deben ser más poderosos económicamente que las mujeres limitan necesariamente sus opciones para llevar una vida plena, y las mujeres que esperan eso de los hombres limitan el tipo de relaciones que pueden tener con sus parejas.

Sugiero que, por difícil que sea, debemos plantearnos de otra manera la situación de desigualdad económica. Tenemos una oportunidad apasionante de cambiar un sistema que no ha funcionado bien ni para las mujeres ni para los hombres. Pero para ello debemos comprender por qué resulta tan incómoda la situación en la que una mujer tiene más dinero que un hombre. En pocas palabras, para un hombre se debe a que espera ocupar el papel de superior. Para una mujer, se debe a que no ha sido educada para sentirse cómoda con el poder. E incluso cuando nosotras mismas nos sentimos cómodas con la situación, es posible que tengamos que lidiar con los sentimientos de amigos y familiares que no se han adaptado a este cambio de roles.

Nos encontramos en una época de transición. Es emocionante que las mujeres estén alcanzando más éxito y poder. Pero a veces nos damos cuenta de que nuestros sentimientos, así como nuestras expectativas sobre los roles, el estatus y las relaciones entre mujeres y hombres, no están en sintonía con estos logros. Entonces, ¿cómo afrontamos esta situación?

No hay reglas sobre cómo hacer que las relaciones funcionen. Cada pareja debe encontrar su propia forma de hacer que la relación funcione. Pero lo que, en mi opinión, marca la diferencia es el respeto mutuo que se tienen, su compromiso con una vocación o profesión, su autoestima, su edad y madurez, su capacidad para discutir los problemas, su comprensión de su propia experiencia con el dinero y la de su familia de origen, su conciencia de cómo utilizan el poder en su relación y su sentido del humor.

[9] *«Reversal of Fortune»*, Harper's Bazaar, agosto de 2000, p. 192.

Las parejas cuya relación se basa en un respeto mutuo positivo fundamental tienen más facilidad para afrontar cualquier desafío. Esto incluye lidiar con la desigualdad económica. Las parejas que se respetan mutuamente y creen que el otro es, en esencia, bueno, moral y digno de confianza, disponen de un marco para gestionar sus sentimientos respecto a su situación económica.

Las parejas deben respetar lo que hace cada uno. No creo que los hombres tengan que igualar el capital financiero de sus parejas, ya sea a través de los ingresos o de la inversión, pero sí deben tener un compromiso con una vocación o una profesión. Este tipo de compromiso proporciona a las personas una identidad y un marco de referencia que no se basa en la relación ni en el dinero.

Tanto las mujeres como los hombres gestionan mejor el dinero en sus relaciones de pareja si ambos tienen confianza en sí mismos y son competentes. Las mujeres con baja autoestima pueden sentir que su sentido de identidad depende de su riqueza. Del mismo modo, a veces pueden utilizar su riqueza para reforzar su autoestima cuando se sienten mal consigo mismas. A largo plazo, estas no son buenas estrategias. Una autoestima sana proviene de ser consciente de las propias habilidades y competencias, de trabajar en el desarrollo personal y de alcanzar la autonomía.

La edad y la madurez de la pareja pueden influir en el éxito con el que abordan estos asuntos. Los primeros años de la veintena son una etapa difícil para que las parejas resuelvan cuestiones relacionadas con la diferencia de riqueza. Si el hombre aún no ha alcanzado el éxito profesional ni ha demostrado su capacidad para mantenerse por sí mismo, puede sentirse amenazado por la riqueza de la mujer y temer no poder competir con ella. Si, por el contrario, el hombre es mayor, tiene buena autoestima y ha tenido éxito en la carrera que ha elegido, la riqueza de la mujer puede que no le resulte amenazante. Hablé con una mujer cuyo marido era profesor. Él la animó a convertirse en presidenta del consejo de administración de la empresa familiar. Ella me dijo:

«Mi marido me ha apoyado muchísimo en todo este proceso. Me siento muy afortunada de haberme casado con un hombre que no tiene ningún complejo por estar casado con una mujer que ocupa un puesto de poder… No le molesta en absoluto ser "el cónyuge". "Es un hombre muy especial"».

Una de las habilidades más importantes para una pareja es su capacidad para hablar de los problemas entre ellos, escucharse mutuamente y atender las preocupaciones del otro. Resulta especialmente útil que cada uno esté dispuesto a reflexionar sobre su propio papel en cualquier dificultad que esté atravesando la pareja. Además, a menudo resulta útil que las parejas hablen entre sí sobre la historia de sus familias en relación con el dinero: qué significaba el dinero en su familia, en qué se gastaba, etc. Conocer el origen de los propios sentimientos y los de la pareja respecto al dinero puede brindar a las parejas oportunidades de exploración y crecimiento, y conducir a una mayor intimidad. Este tipo de conversaciones pueden ayudar a las parejas a desarrollar una forma más consciente de relacionarse entre sí en lo que respecta al dinero.

Lo ideal sería que las mujeres con recursos económicos empezaran a resolver su relación con el dinero antes de involucrarse en relaciones serias y no trasladaran a la relación de pareja toda su ambivalencia sin resolver respecto a su patrimonio. Pueden surgir problemas cuando las mujeres que se sienten incómodas con su dinero se lo ceden a sus parejas, quienes a su vez tienen sus propios problemas con el dinero. Con el tiempo, la mujer puede sentirse incómoda con este acuerdo y su marido puede mostrarse reacio a ceder el control. Funciona mejor cuando las mujeres se hacen cargo de su relación con el dinero antes de tener que tratar el tema con sus parejas.

Del mismo modo, resulta útil que los hombres también resuelvan sus problemas con el dinero antes de llevarlos a la relación.

Tanto las mujeres como los hombres debemos ser conscientes de cómo utilizamos nuestro poder en nuestras relaciones con nuestras parejas. Esto es complicado. Como mujeres, a veces nos cuesta hacernos valer y expresar nuestros deseos. Pero, como mujeres adineradas, es posible que no seamos conscientes de las formas en que utilizamos el poder que nos da nuestro dinero. Por lo general, los seres humanos somos mucho más conscientes del uso que hacen otras personas del poder —especialmente cuando nos parece inapropiado— que del que hacemos nosotros mismos. Puede resultar útil prestar atención a cómo se toman las decisiones en nuestras relaciones. Por ejemplo, ¿quién decide cómo se debe gastar el dinero, en qué barrio vivir o adónde ir de vacaciones? ¿Parece que la persona que tiene el dinero tiene más peso en la toma de decisiones?

Por último, tener sentido del humor puede ayudar a las parejas a mantener una buena perspectiva sobre los problemas a los que se enfrentan.

Y lo más importante: tanto las mujeres como los hombres deben aprender a pensar de forma diferente cuando la mujer es rica y el hombre no. No se trata de un problema insuperable, pero sí requiere la voluntad de abordar las situaciones con una perspectiva nueva y de mantener conversaciones en las que tanto la mujer como el hombre puedan expresar los sentimientos que están experimentando.

Se necesita un hombre fuera de lo común: alguien que se sienta cómodo consigo mismo y que no se sienta amenazado por este cambio de roles. Se necesita una mujer fuera de lo común: alguien dispuesta a cuestionar las formas en que ha interiorizado las expectativas tradicionales. Y se necesita una pareja fuera de lo común: una que esté dispuesta a explorar juntos qué significa desarrollar una relación que desafíe los estereotipos convencionales sobre cómo deben ser las relaciones.

En la siguiente sección, la Sra. Merrill presentará un proceso que puede ayudar a las parejas a afrontar estos retos.

* * * * *

En la introducción de este artículo, el Sr. Hughes expuso los fundamentos históricos de los retos a los que se enfrentan actualmente las parejas con desigualdad económica. La Sra. Bronfman resumió muchas de las razones culturales y emocionales que explican la dinámica poco saludable entre ellas y ofreció algunas sugerencias generales sobre lo que pueden hacer las parejas. Yo voy a presentar un proceso específico que resultará de utilidad práctica para las parejas.

Dado que la historia presenta un panorama tan sombrío sobre el pronóstico de este tipo de relaciones, las personas están ansiosas por recibir orientación para redefinir su futuro. Los hombres y las mujeres que se encuentran en estas situaciones sienten un malestar profundamente arraigado. Las parejas necesitan desarrollar mejores habilidades de comunicación y descubrir los mensajes, creencias y valores de sus familias en torno al dinero, el éxito y el poder. Todos estamos de acuerdo en que debemos pensar de forma diferente sobre estos asuntos.

Ahora es el momento de explorar formas prácticas para que las personas adquieran herramientas sólidas y útiles que les permitan gestionar con éxito estas relaciones. El proceso que denomino *«Descubrimiento»*, y que explico en detalle a continuación, ofrece nuevos métodos de aprendizaje y la oportunidad de cambiar la forma en que nos movemos por este

terreno.

En 1989, fundé CenterPoint en Aspen, una empresa que ofrece retiros y seminarios para parejas y mujeres. Había obtenido un máster en Administración de Empresas (MBA) y había recibido una amplia formación como facilitadora. El núcleo del programa de CenterPoint es la elaboración de declaraciones de misión personales y de pareja. Descubrí, junto con las participantes —que también son mis maestras—, que ganamos claridad, confianza y energía cuando descubrimos nuestro propósito en la vida. Como resultado, los juicios y resentimientos que tenemos hacia nosotras mismas y hacia nuestras parejas a menudo pueden suavizarse.

Como exesposa de dos hombres con los que no tenía igualdad económica, y habiendo sobrevivido —de hecho, prosperado— desde entonces, compartiré, a partir de mi propia experiencia, herramientas que pueden mejorar estas relaciones. Os invito a participar en un viaje y una exploración que se han desarrollado y puesto en práctica a lo largo del tiempo en mi vida profesional y personal.

Si las parejas y las personas que aún no mantienen una relación sentimental elaboran declaraciones de misión, embarcándose así en *el «Descubrimiento»*, pueden disipar muchas de las tensiones que ensombrecen la salud, la estabilidad y la felicidad de sus relaciones. Con las habilidades necesarias para definir y redefinir lo que da sentido a sus vidas a lo largo del tiempo, y para reflexionar sobre lo que significa el éxito para cada uno de
uno de ellos, pueden hacer que las cuestiones económicas dejen de ocupar un lugar central.

Antes de presentar el proceso de *«Descubrimiento*», permítanme explicar cómo llegué a valorar el papel de las declaraciones de misión para parejas y personas. En una ocasión asistí a un programa educativo de una semana de duración dirigido a familias acaudaladas. Bruno Bettleheim, el renombrado psiquiatra, era uno de los ponentes. Inició su intervención pidiendo a los padres del público que respondieran a tres preguntas levantando la mano.

«¿Cuántos de vosotros tenéis hijos que saben **cómo** dedicáis vuestro tiempo y energía?» Se levantaron todas las manos.

«¿Cuántos de vosotros tenéis hijos que saben **por qué** dedicáis vuestro tiempo de la forma en que lo hacéis?». Se levantaron muchas menos manos.

«¿Cuántos de vosotros tenéis hijos que saben cómo os **sentís** respecto a cómo dedicáis vuestro tiempo?» Se levantaron unas tres manos.

Mientras observaba al público reflexionar sobre las implicaciones de sus preguntas, no pude evitar pensar que harían bien en plantearse estas mismas preguntas antes de considerar las respuestas de sus hijos. Dicho de otra forma: ¿qué es lo que realmente nos motiva, qué es lo que nos apasiona? ¿Tenemos la sensación de sentirnos llamados a las actividades a las que dedicamos nuestra energía y nuestro tiempo? ¿Nos parecen que estas actividades merecen la pena? ¿Hasta qué punto comunicamos nuestras pasiones y motivaciones a los demás, especialmente a nuestras parejas?

Estas preguntas son fundamentales en el proceso de aprendizaje para las personas que se enfrentan a la realidad de que las mujeres dispongan de mayores recursos económicos que sus parejas. El proceso de *«Descubrimiento»* ofrece un método, un contexto y una hoja de ruta para nuevos comienzos.

En los últimos años, me he sentido más cómoda con la desigualdad económica en mi propia vida, gracias en parte a un hombre maravilloso que es mi pareja y que tiene menos

que yo. Nuestro camino hacia una interacción sana se ha visto impulsado en gran medida por la elaboración de nuestras declaraciones de misión individuales y de una conjunta como pareja. Practicamos el proceso de *«Descubrimiento»* con regularidad. Disfrutamos explorando, con el paso del tiempo, qué da sentido a nuestra vida, qué es importante para nosotros, cuáles son nuestras creencias y pasiones, así como nuestros diferentes valores en torno al dinero. El hecho de centrarnos en nuestras vocaciones y prioridades ha eliminado la desigualdad económica —y los problemas de poder inherentes a ella— del centro de nuestras vidas. Nos apoyamos y nos apreciamos cada vez más plenamente. Hablamos de las cuestiones difíciles. Seguimos teniendo momentos tensos y dolorosos, pero esos momentos se basan en la honestidad y en un entorno seguro. Definimos el éxito y el poder de forma muy diferente, y recibimos mensajes dispares de nuestras familias sobre lo que significa el dinero y su papel en nuestras vidas.

Estas reflexiones nos han librado del ambiente tóxico que se genera al evitar un tema del que «simplemente no se habla». Cuando estamos más confundidos, nos alejamos de la intensidad y nos reímos de la realidad que reflejan las encuestas realizadas a personas adineradas. Estas encuestas confirman que, cuando se les entrevista, las personas adineradas generalmente no dicen la verdad, lo cual es otra forma de decir que no hablan de su riqueza de manera honesta.

Esto nos lleva a nuestro recorrido hasta aquí y a los pasos concretos para desarrollar nuestras declaraciones de misión. ¿Cómo definimos una declaración de misión? Una declaración de misión puede ser desde unas pocas palabras hasta varios párrafos, y sirve como un marco de significado bajo el cual se expresan los múltiples aspectos de nuestra identidad. Una declaración de misión refleja quiénes somos más allá de nuestros trabajos y roles en las familias y comunidades, y más allá de nuestros objetivos y listas de tareas pendientes. Nos ayuda a recordarnos a nosotros mismos como *seres* humanos, cuando a menudo nos sentimos como meras *máquinas de hacer cosas*. Incluye nuestras pasiones, nuestras prioridades, nuestros valores y las actividades a las que dedicamos nuestras energías. A menudo incluimos en nuestras declaraciones de misión aquellas partes de nosotros mismos que hemos dejado en suspenso y que apenas estamos empezando a sacar a la luz.

¿Por qué denomino «proceso de *descubrimiento*» al proceso de redactar una declaración de misión? Porque no tenemos que inventar ni investigar nuestro propósito; simplemente tenemos que detectarlo, descubrirlo. Ese proceso de detección puede durar toda la vida, es un viaje, no un destino. Requiere escuchar nuestro interior y escucharnos unos a otros, en lugar de buscar en otros lugares. Aunque se trata de un trabajo útil en curso, pensad en ello también como un juego en curso.

Los tres ejercicios siguientes nos proporcionan un inventario de nuestras pasiones, nuestros valores y las actividades que nos llenan. Al considerar los ejercicios, tened en cuenta que son invitaciones a explorar el terreno de vuestra vida interior, como individuos y como parejas. Nuestras pasiones reflejan lo que anhelan nuestras almas, dónde encontramos alegría, deleite y satisfacción en un A diario. Nuestros valores constituyen la base sobre la que decidimos cómo empleamos nuestro tiempo y nuestra energía. Las actividades que surgen de nuestras pasiones y nuestros valores son nuestra forma de marcar la diferencia en el mundo.

Cada ejercicio debe realizarse por escrito. Son la materia prima que nos prepara para redactar nuestras declaraciones de misión personales y nuestra declaración de misión como pareja. Nuestras declaraciones de misión confirman lo que a veces olvidamos: que todos tenemos una vocación y que todos tenemos un propósito en nuestras vidas.

Realizad primero cada uno de los tres ejercicios por vuestra cuenta. Aquellos que tengáis pareja podéis luego compartir y comentar las notas de cada uno. Por último, cada uno redactará su declaración de misión personal. Las parejas redactarán su declaración de misión en dos partes. Primero, cada uno escribirá su propia declaración de misión personal. A continuación, fusionarán sus declaraciones de misión personales y redactarán su declaración de misión como pareja.

EJERCICIO 1

Describe tu día ideal. Incluye cosas que ya tienes en tu vida, así como lo que añadirías o eliminarías para que tu día fuera aún más ideal. Esta es una invitación a usar tu imaginación y tu sentido del humor. No seas práctico. No hace falta tener en cuenta el tiempo para dormir ni el tiempo que se tarda en desplazarse. El objetivo es crear la lista más larga posible de tus sueños y de lo que te hace feliz.

No os olvidéis de las pequeñas cosas. El día ideal de una persona siempre empieza por haber dormido bien la noche anterior; el de otra, por que su médico le diga que goza de excelente salud y que necesita ganar cinco libras. Otra afirma que siempre tiene una visión perfecta y que, por lo tanto, nunca más tendrá que buscar sus gafas. El día ideal de otra persona incluye el desayuno, el almuerzo y la cena en tres continentes diferentes.

Asegúrate de incluir lo que te gustaba de niño. A menudo, esas son las partes de nosotros mismos que hemos dejado de lado o ignorado. Si te encanta el béisbol, pero ya no puedes jugar, inclúyelo de todos modos; podrías volver a incorporar el béisbol a tu vida de alguna otra forma. Incluye actividades y pensamientos que reflejen tantos aspectos de ti mismo como sea posible. Por ejemplo: competente, creativo, juguetón, productivo, curioso, extrovertido, solitario, sensual, atlético, musical, cariñoso, estético, ambicioso, organizado, espiritual, filantrópico, independiente, voluntario o con ganas de seguir aprendiendo toda la vida.

EJERCICIO 2

Imagínate dentro de 20 años. Estás rodeado de tus descendientes y/o de los descendientes de tus amigos. Te encuentras en un ambiente cálido y relajado, como junto a una chimenea. ¿Qué valores y cualidades de carácter les dirías que es importante desarrollar y poner en práctica? ¿Qué sabiduría y verdad te gustaría compartir con ellos a partir de tu propia experiencia? Ponte en el lugar de tus oyentes para ser lo más concreto y específico posible. Nuestro objetivo es enumerar tantos valores y tanta sabiduría como sea posible. Piensa primero en aquellos valores que estás manifestando en tu vida o que te gustaría cultivar. Pregúntate si te limitas a hablar de algunos valores de boquilla, en lugar de ponerlos en práctica.

Para quienes no tienen la misma situación económica, es importante incluir cualquier reflexión o pregunta que tengas sobre lo que el dinero significa para ti (y lo que no), así como tus actitudes hacia el gasto y el ahorro. Piensa en los mensajes, tanto sutiles como evidentes, que recibiste de tu familia de origen sobre todos estos temas. ¿Qué valor le das, si es que le das alguno, a la filantropía? ¿Cómo defines el éxito,
y cómo defines el poder en sus aspectos positivos y negativos? ¿Cómo defines la integridad? ¿La compasión? ¿El respeto? ¿Qué verdades o virtudes te hubiera gustado descubrir antes en tu vida?

A diferencia del ejercicio del «día ideal», en el que no debes ser práctico, tus respuestas al Ejercicio 2 deben basarse en tus palabras y tus actos.

EJERCICIO 3

Imagina que cumples 60 años. Te han pedido que escribas un artículo sobre las actividades y contribuciones de las que te sientes más orgulloso en tu vida. Menciona lo que esperas lograr, así como lo que ya has hecho. Piensa en cómo te gustaría que te recordaran tu familia, tu comunidad, tus compañeros de trabajo y tus amigos. No te preocupes por el estilo de redacción ni por la gramática. Utiliza viñetas si te resulta más fácil.

* * *

Con cada uno de los ejercicios, tu intención es lanzar la red más amplia posible y recopilar el mayor número de elementos. Sé lo más curioso que puedas y piensa que estás «pescando» toda la información posible. Aquí no hay notas, solo comentarios útiles para satisfacer tu curiosidad.

El momento óptimo para iniciar este proceso es antes de estar en una relación sentimental. Aquellos de vosotros que tengáis la suerte de encontraros en esta situación quizá queráis explorar estos ejercicios con un amigo o un hermano. Para las parejas, no hay mejor momento que el presente. Compartid y comentad vuestras notas con vuestra pareja después de cada uno de estos ejercicios.

Antes de empezar a redactar vuestras declaraciones de misión personal y de pareja, quizá queráis reflexionar sobre el material que habéis recopilado. Muchas personas prefieren repetir los tres ejercicios varias veces. Cuanto más los practiquéis, más enriquecedoras serán vuestras reflexiones. No obstante, con las notas que tenéis de vuestro primer intento, ya estáis listos para escribir vuestro primer borrador.

REDACCIÓN DE VUESTRA DECLARACIÓN DE MISIÓN

Reflexiona sobre la información que has recopilado teniendo en cuenta las siguientes preguntas:

-*¿En qué consiste mi vida y qué es lo que más me importa?* (Ejercicio «El día ideal»)
-*¿Qué valores o virtudes defiendo y por los que me rijo?* (Ejercicio «Dentro de 20 años»)
-*¿Qué acciones estoy llevando a cabo y llevaré a cabo para vivir de acuerdo con el sentido de mi vida y con lo que defiendo?*
(Ejercicio «Mi 60.º cumpleaños»)

A continuación, empieza a redactar un borrador de tu declaración de misión personal. Su objetivo es expresar tus pasiones, tus valores y cómo los pones en práctica. Sé paciente y amable contigo mismo. El proceso es más importante que el resultado. Las declaraciones de misión no se escriben una sola vez y quedan grabadas en piedra. Muchas personas han reescrito la suya varias veces. Dedica tiempo a releer y revisar tus borradores durante los próximos meses.

Las parejas llevarán el proceso un paso más allá. Cuando cada uno tenga un borrador de su declaración de misión personal, comentadlas y empezad a fusionar vuestras versiones. Incluid, en la medida de lo posible, lo que defendéis a la hora de gestionar los asuntos económicos. No es necesario ponerse de acuerdo en

todo, pero resulta útil explorar la posibilidad de apoyarse mutuamente en actividades y valores que no compartan.[10]

Cuando las parejas empiecen a revisar las respuestas de cada uno a los tres ejercicios y a redactar juntos sus declaraciones de misión, es importante que creen un ambiente seguro y libre de juicios. De ese modo, podrán sentirse cómodos para ser sinceros y mostrarse vulnerables el uno con el otro. Puede resultarles útil recordar que, en cierto sentido, son pioneros y se están adentrando en conversaciones sobre el dinero, el poder y el éxito que, históricamente, simplemente no se abordaban.

Este es un espacio para que las parejas sientan curiosidad la una por la otra, escuchen con atención y con la mente abierta, y se dediquen a *descubrirse* mutuamente. Se trata de un trabajo y un juego en curso. Las cuestiones sin resolver pueden dejarse como tales en sus borradores. Lo importante es participar en el proceso, no obtener un resultado concreto.

Como se ha destacado anteriormente, cuanto antes en su relación una pareja inicie un diálogo sobre estos temas, mayores serán los beneficios que obtendrá. Cada persona tiene una carga emocional en torno al dinero, el éxito y el poder. *El «Descubrimiento»* ofrece la oportunidad de liberarse de esa carga emocional. Las parejas pueden entonces explorar los valores, las prioridades y las pasiones del otro. Estas son
buenas prácticas que conviene desarrollar desde el inicio de cualquier relación. Imagina todas las conversaciones enriquecedoras que las parejas pueden mantener si reflexionan sobre sus días ideales o sobre los valores que compartirían con personas más jóvenes que ellas —conversaciones que quizá nunca se produzcan si predominan las diferencias económicas.

Vuestras declaraciones de misión deberían proporcionaros orientación, motivación e inspiración. Si os agotan, seguid trabajando en ellas hasta que sintáis que os dan energía. Nuestras declaraciones de misión no son el refugio de nuestras compulsiones. Cuando os expresáis de la forma más auténtica, deberíais sentiros orgullosos y entusiasmados.[11]

A muchos de nosotros nos educaron para centrarnos en los resultados, en fijar y alcanzar metas, en el destino más que en el viaje. Para sacar el máximo partido al *«Descubrimiento»*, debemos recordarnos a nosotros mismos que debemos centrarnos en las preguntas, en lugar de en encontrar las respuestas. Hazte preguntas con frecuencia a lo largo del día. ¿Qué más me gustaría que incluyera mi día ideal? ¿Qué sueño he omitido y que, por tanto, queda sin alcanzar? ¿Qué creencia acabo de reflejar al decir eso? ¿Estoy

[10] Consulte el Anexo A para ver ejemplos de declaraciones de misión personales y de pareja.

[11] Las parejas a las que no les resulte tan cómodo escribir pueden plantearse iniciar el proceso de *«Descubrimiento»* de esta forma no verbal. Coged una hoja grande de papel, del tamaño de una hoja de periódico o de aproximadamente 3' x 4', o pegad varias hojas entre sí. Con lápices de colores, dibujad juntos al mismo tiempo, sin hablar, una imagen de vuestra vida en común en esa única hoja de papel. Incluid tantas actividades y valores como podáis: las alegrías que compartís y aquellas que no compartís. Incluid también aquellos aspectos de vuestras vidas que disfrutáis por separado. Podéis añadir palabras aquí y allá, pero deben predominar los dibujos.

¿Estoy yo, o mi pareja, a merced de las definiciones de éxito y poder de otra persona? ¿Para qué sirven exactamente los recursos económicos en mi vida y en nuestra vida como pareja? ¿Qué he estado posponiendo que siempre he anhelado hacer? A menudo se describe la vida como lo que ocurre mientras hacemos otra cosa. Lo mismo ocurre con *el «Descubrimiento*»: las revelaciones suelen surgir cuando estamos haciendo otra cosa.

El proceso de *«Descubrimiento»* sienta las bases para obtener buenos resultados entre personas con desigualdades económicas. Saber, en el sentido más profundo de la palabra, qué es importante para nosotros y para nuestras parejas es el primer paso hacia la aceptación de las cualidades únicas de cada uno. Cuando comprendemos qué da sentido a la vida de nuestras parejas, podemos desarrollar empatía y respeto mutuo.

El uso y el abuso del poder pueden afectar profundamente a la dinámica entre personas con desigualdad económica. Para una relación más sana, es fundamental que cada miembro de la pareja descubra su poder personal y su origen, en contraste con el poder posicional percibido. El poder personal proviene de saber quiénes somos cada uno de nosotros, qué es importante para cada uno y qué defendemos. En resumen, proviene del *«descubrimiento*». El poder posicional se basa en consideraciones externas de estatus y otras medidas cuantitativas. El poder posicional debe neutralizarse y sustituirse por el respeto hacia el poder personal de cada uno.

El camino del *«Descubrimiento»* ofrece a las personas y a las parejas la oportunidad de dejar de «demostrar su valía» y empezar a expresarse. Cuando intentan demostrar su valía, a menudo están tratando de estar a la altura de los estándares de aceptabilidad de los demás. Cuando se expresan, están dando voz a sus propias verdades y a lo que llevan dentro. Esto es especialmente importante para el hombre que se enfrenta al reto de una baja autoestima, que siente que no está a la altura y se pregunta cómo puede demostrar que es digno. En el caso de la mujer con mayores recursos económicos, le puede resultar beneficioso plantearse cuál es la mejor forma de expresarse como pareja en un contexto en el que las desigualdades económicas quedan fuera del radar.

Una mujer que conozco desearía haber conocido *Discovery* a los veinte años en lugar de a los cuarenta. Mira hacia atrás con pesar al recordar cómo gestionó su patrimonio, que era mayor que el de su marido. Él era un emprendedor nato y había tenido éxito económico a lo largo de los años. Al principio de su matrimonio, él le pidió que invirtiera en uno de sus proyectos. Como sus padres le habían insistido repetidamente en que su dinero debía mantenerse separado y reservado solo para ella, se quedó paralizada cuando su marido le hizo la petición. No tenía forma de evaluar la inversión de manera objetiva, ni las habilidades necesarias para decir *sí o no* a la inversión sin herirle ni generarse una gran ansiedad a sí misma. Los temores de sus padres de que su yerno se aprovechara de su patrimonio eclipsaron cualquier deseo que ella pudiera haber tenido de apoyar el sueño de él. Ella rechazó la inversión por razones equivocadas, y él se sintió herido por razones equivocadas.

Si esta pareja hubiera sabido practicar *el «Descubrimiento»* en una fase temprana de su relación, esta situación difícil y cargada de emociones podría haberse resuelto de otra manera. Ella podría haber descubierto y relativizado los mensajes de su familia sobre su patrimonio. Él podría haber comprendido mejor su situación y quizá no se habría tomado como algo personal su «rechazo» a la inversión. Juntos podrían haber desarrollado una idea de cuál era el sentido de sus vidas, la naturaleza de sus sueños y cómo apoyarse mejor el uno al otro. La cuestión de si ella invertía o no, de si él le pedía que invirtiera o no, habría perdido importancia. El centro de sus

conversaciones podría haberse centrado entonces en el panorama general de sus vidas.

La verdad es que aún son pocos los hombres y mujeres que tienen el valor suficiente para hablar abiertamente de estas cuestiones. Si introducen prácticas saludables en sus vidas personales, plantarán las semillas y contribuirán a alcanzar una masa crítica. Quizás las organizaciones que trabajan con este colectivo empiecen entonces a abordar estas cuestiones y a ofrecer apoyo y formación. *La revista The Chase Journal*, al publicar este artículo, es un buen ejemplo de ello, y son pioneros por hacerlo.

He aquí una visión para los jóvenes y sus familias de origen. Las familias, sean ricas o no, se reunirían periódicamente en un entorno tranquilo, relajado y natural. Se embarcarían en el viaje del *«Descubrimiento»* cuando sus hijos se encontraran en los primeros años de la adolescencia y comenzaran a descubrir sus valores y pasiones a medida que se acercaran a la edad adulta. Debatirían, en un entorno seguro y libre de juicios, el papel que la abundancia de dinero —o la ausencia del mismo— ha desempeñado en la formación de sus puntos de vista. Juegan con diversas definiciones de éxito y poder, y exploran su lugar en las comunidades de las que forman parte. Se respeta toda la gama de sentimientos en torno al privilegio, desde el resentimiento hasta el sentimiento de ser afortunado. Los miembros casados de la familia comparten sus retos y las formas en que han gestionado con éxito las diferencias económicas. Consideran la posibilidad de orientar a los miembros más jóvenes de la familia. Al compartir sus notas de los tres ejercicios, comienzan a comprender qué es lo que da sentido a cada miembro de la familia y a apreciar mejor lo que les hace felices.

Las visiones suelen ser grandes sueños, y esta roza lo utópico. Para los miembros de la familia que se preocupan por su propio futuro o el de sus seres queridos, merece la pena empezar introduciendo pequeñas partes de la visión. Prueba con unos pocos miembros de la familia. Para empezar, por ejemplo, dedica una hora y céntrate únicamente en el Ejercicio 1: tu día ideal. Los pequeños cambios conducen a cambios más grandes.

Para terminar, es probable que a cada uno de nosotros le queden algunas preguntas. Por ejemplo, ¿cómo sabemos si estas diferencias económicas son el problema en la relación o si son un síntoma que enmascara otros problemas? Una forma de empezar a saberlo es embarcándonos en el viaje del *Descubrimiento*. Así podremos utilizar nuestras nuevas habilidades para explorar la compatibilidad en muchas áreas y estaremos mejor preparados para afrontar la miríada de problemas que surgirán con el tiempo.[12]

Mientras reflexionas sobre el papel que *el «Descubrimiento»* puede desempeñar en tu vida, medita sobre estas preguntas. ¿Conoces a alguien a quien le gustaría ser recordado por permitir que su autoestima se mantuviera baja, o por pasar más tiempo sintiéndose inadecuado, avergonzado o impotente? ¿O que deseara haber sido más crítico y controlador, o más preocupado? ¿A quién conoces a quien le gustaría que se escribiera que no hizo ningún esfuerzo por descubrir su vocación durante su vida y que no se tomó el tiempo para explorar su día ideal?

Alguien dijo una vez que el secreto para una vida plena no reside en alcanzar nuestras metas, sino en desarrollar nuestro potencial. *«Discovery»* nos ayuda a desarrollar nuestro potencial. No crecemos ni prosperamos cuando nos centramos en la desigualdad económica.

[12] El asesoramiento prematrimonial con un terapeuta competente y con experiencia en cuestiones patrimoniales tiene un valor incalculable. Si somos capaces de expresar nuestros valores y vocaciones en este contexto, tendremos más garantías de un comienzo sólido.

Si las diferencias económicas acaparan toda nuestra energía como pareja, nunca podremos superarlas y descubrir quiénes somos como personas y como futuros compañeros de vida. Cada uno de nosotros es un ser humano complejo, con historias que constituyen ricos tapices por explorar —tapices que nos llevan mucho más allá de los diferentes recursos económicos. Aquellos que tienen el privilegio de contar con abundantes activos financieros no se definen por su dinero, y la identidad de quienes disponen de menos recursos económicos tampoco se define por el hecho de tener menos dinero.

El «descubrimiento» ofrece una nueva posibilidad para que las relaciones tengan éxito incluso cuando existe desigualdad económica. Con este modelo, las parejas tendrán una forma de contrarrestar las normas sociales y las presiones culturales que no les benefician.

* * * * *

Con el tiempo, esperamos que el término «desiguales en lo económico» se convierta en una reliquia del pasado. Con este nuevo lenguaje, sus historias y sus símbolos, se producirá una distribución de los recursos financieros entre hombres y mujeres en función de sus capacidades, sus intereses y sus trayectorias vitales, en lugar de por género. También se reconocerá que la verdadera felicidad proviene de la libertad de buscar la propia vocación en cualquier ámbito que sea adecuado para cada persona, en lugar de que la sociedad dicte la trayectoria de un individuo basándose en una visión anticuada del estatus de hombres y mujeres.

© 2000 James E. Hughes, Jr., Joanie Bronfman y Jacqueline Merrill. Publicado

por primera vez en *The Chase Journal,* volumen IV, número 4

ANEXO A

Ejemplo de declaración de misión personal

Mi vida consiste en explorar las múltiples facetas de mi potencial: como líder que empodera a los demás, como mentora, como persona que nunca deja de aprender, como madre y abuela, como amiga incondicional, como pareja sentimental y como activista y filántropa. Valoro mi creatividad, mi espiritualidad y mi sensualidad. Me propongo superar mis límites y dejar atrás mis dudas y miedos.

Como perfeccionista en proceso de recuperación, apuesto por ser amable conmigo misma y por aprender a cuidarme. Busco el equilibrio entre el tiempo para la reflexión y el tiempo para ser productiva.

Ejemplo de declaración de misión de pareja

Nuestra misión como pareja es apoyarnos mutuamente en nuestro crecimiento espiritual, emocional, artístico, intelectual y físico. Nos comprometemos a hacernos sentir seguros y a no juzgarnos mutuamente, y al mismo tiempo nos esforzamos por perdonarnos a nosotros mismos cuando cometemos errores. Perfeccionamos nuestras habilidades de comunicación para que podamos compartir y escuchar nuestras verdades más difíciles. Fomentamos la curiosidad y la compasión del uno por el otro.

Como pareja con una vocación de servicio, exploramos formas de dedicar nuestras energías, tanto por separado como juntos, para influir en nuestras comunidades y en el mundo en general.

Como miembros de una familia, nos alegramos del crecimiento y los retos en las vidas de nuestros familiares, y, con compasión, curiosidad, humor y honestidad, fomentamos nuevos aprendizajes tanto para nosotros como para ellos.

Dedicamos tiempo a estar juntos para divertirnos, para ver a los amigos y para compartir, y respetamos la necesidad de soledad de cada uno.

BIBLIOGRAFÍA

Bronfman, Joanie, *The Experience of Inherited Wealth: A Social Psychological Perspective*, manuscrito inédito, disponible en UMI (University Microfilms International), Ann Arbor, MI, 1987, Tel.: 1-800-521-0600.

Clark, Kim, *«Women, Men and Money»*, revista Fortune, 5 de agosto de 1996, pp. 60-61.

Emmott, Bill (ed.), *«Reflexiones sobre el siglo^{XX}»*, revista The Economist, del 11 al 17 de septiembre de 1999, pp. 5-44.

Faludi, Susan, *«Stiffed: The Betrayal of the American Man»*, William and Morrow & Co., 1999.

Leibovich, Lori, *«Reversal of Fortune»*, Harper's Bazaar, agosto de 2000, p. 192.

Thornhill, Randy, **Una historia natural de la violación: bases biológicas de la coacción sexual**, MIT Press, 2000.

Townsend, John Marshall, **Lo que quieren los hombres, lo que quieren las mujeres: por qué los sexos ven el amor y el compromiso de forma tan diferente*,* Oxford University Press, 1998.

Townsend, John Marshall y Levy, Gary, *«Efectos del atractivo físico y el estatus socioeconómico de las parejas potenciales sobre la sexualidad y la selección de pareja»*, *Archives of Sexual Behavior*, vol. 19, n.º 2, 1990.

Wiederman, Michael W. y Allgeier, Elizabeth Rice, *«Diferencias de género en los criterios de selección de pareja: explicación sociobiológica o socioeconómica»*, *Archives of Ethology and Sociobiology*, vol. 13, 1992.